



LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL.

He aquí los términos en que una Memoria oficial, recientemente redactada por un ilustre publicista, da cuenta de la constitucion y desarrollo de esta Sociedad religiosa y benéfica:

«Organizada por jóvenes católicos de todo el goblo, se dedica especialmente á la visita y socorro domiciliario de las familias indigentes; pero ninguna otra obra de caridad olvida, y consuela á los enfermos y á los presos, instruye á los niños pobres, abandonados ó reclusos, y auxilia á los moribundos.

Su distribucion en Conferencias la ha extendido por todos los pueblos.

En 1877 las Conferencias españolas (1), comprendidas las de Cuba y Puerto-Rico,

(1) La Sociedad está autorizada en España por Reales órdenes de 18 de Julio de 1855 y 13 de Diciembre de 1856 (*Gaceta de Madrid* de 14 de Diciembre de 1856), que la imponen la obligacion de dar conocimiento al Gobierno cuando remita fondos á la Caja central establecida en país extranjero. Fué suprimida por el Gobierno Provisional, que dió á los Gobernadores de provincia la comision de incautarse de sus libros, papeles y fondos (*Decreto de 19 de Octubre de 1868*); pero reapareció con la Restauracion monárquica. (*Real orden de 1.º de Abril de 1875 fundada en la de 7 de Febrero del mismo año.*)

llegaron á 102; contaron 1.835 miembros activos; aumentaron el número de los honorarios, aspirantes, escolares ó aprendices, patrocinados y obreros instruidos; visitaron 2.085 familias; recaudaron 244.609 pesetas; fomentaron sus escuelas nocturnas de Alcoy, Múrcia, Palma y Onteniente; se dedicaron al patronazgo y colocacion de los aprendices; fundaron un Circulo de obreros que contaba 200 socios, y al amparo de la *Obra de San Francisco de Regis*, obtuvieron 49 rehabilitaciones. La Conferencia de Santiago abrió una escuela de día; la de Ledesma patrocinó á los niños que no podian ir á la escuela; la de Segovia organizó otra escuela industrial; la de Zafra visitó los hospitales; las de Huesca y Montilla asistieron á los presos; la de Puerto-Rico prestó libros á los soldados de la guarnicion; la de la Habana tuvo la mejor parte en el sostenimiento de una importante Casa de huérfanos; la de Múrcia sostuvo una Caja de préstamos y otra de alquileres; y la de la Corte visitó los hospitales, fomentó su biblioteca á la sombra de la *Obra de las buenas lecturas*, y sostuvo una Caja de préstamos. Varios socios de Madrid tomaron á su cargo la visita de algunas escuelas; un maestro de Málaga admitió gratuitamente á los niños de las familias visitadas; un socio de Montanech acogió á seis niños pobres huérfanos y abandonados; y cinco médicos de Zaragoza

se pusieron al servicio de la institucion (1).

En 1878 se aumentaron 42 á las Conferencias españolas ya existentes, que llegaron con esto al número de 141, con 2.762 miembros activos, 605 honorarios y 212 aspirantes; visitaron 3.668 familias pobres, realizaron 111 matrimonios, patrocinaron á 1.408 escolares y 209 aprendices, y dieron instruccion á 1.016 obreros. Distinguiéronse entre sus mejores obras, la escuela de obreros de Alcoy, que da á unos 300 alumnos educacion primaria completa y variada y lecciones de dibujo, de caligrafia y de música; las escuelas nocturnas de Onteniente, con 410 alumnos de 10 á 30 años, y de Palma, y las dominicales de Avila, Linares, Santiago y Sevilla. La Obra de la

(1) Memoria leida en la Junta general de Lyon (Francia), correspondiente al año de 1877.

Biblioteca se introdujo en Barcelona y en Sevilla. La Conferencia de la capital de Andalucía fundó una casa de huérfanos, análoga á la que funciona en la Habana; Huesca organizó una cocina económica; Gerona y Montilla la visita á los presos, y Montanez la de los hospitales.

Durante el ejercicio del mismo año 1878 subieron á 8.241.302 francos los ingresos de las Conferencias, y sus gastos llegaron á 6.894.020 (1).

Francia, los Estados Unidos de América, Bélgica, Holanda é Inglaterra, figuran con frecuencia como los mayores contribuyentes de esta buena obra.

Las Conferencias españolas tienen un Consejo superior en Madrid, dos centrales y veinte particulares.

(1) Memoria correspondiente al año 1878.

Á MI QUERIDO AMIGO

MANOLITO MORALES BLANCO

(DE CUATRO AÑOS DE EDAD.)

Tuve yo un hijo, hermoso
Como los ángeles
Que adornan en los templos
Nuestros altares.
En sus ojos brillaba
Cual luz divina
La inteligencia, faro
De nuestra vida.
Vivió lo que las flores;
Pero en mi alma
Su memoria bendita
Quedó grabada.
Y aunque pasó, cual ave
Ligera y dulce,
Yo guardo su recuerdo
Como un perfume.
Por eso si á mi paso
Se encuentra un niño
Bello é inteligente,
Pienso en mi hijo;
Y el corazon, que nunca
Su amor olvida,
Ofrece al ángel toda
Su simpatía;
Porque del alma pura

Del niño muerto,
Sobre el niño que vive
Busca el reflejo...
Tu clara inteligencia,
Tu blanda risa,
Tu mirada tan dulce
Como expresiva,
Tu oportuna palabra,
Tu acento grato,
Tu pequeña manita,
Tu suave encanto,
De tal modo seducen
Mi pensamiento,
De tal modo despiertan
En mí el recuerdo,
Que pensando en mi niño
Por él te amo;
Y como ya aquel ángel
No está á mi lado,
Le pido que á Dios ruegue
Guarde tu vida,
Y la llenen sus dones
De paz y dicha.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz, Julio 1880.

LA VERGÜENZA.

Arturo era hijo de un caballero muy distinguido de esta corte, llamado D. Francisco X... Miéntras vivió su querida madre, fué muy aplicado; pero desde el momento que tuvo la desgracia de perderla, hubo en él un cambio tan completo, que no parecía el mismo. Él, que siempre habia ocupado el número uno en las clases; él, que continuamente obtuvo la nota de sobresaliente y la mayor parte de los premios, desde el aciago día de la muerte de su madre no asistía á clase, no se presentaba á exámenes, y si lo hacia, le suspendian; no estudiaba ni poco ni mucho, y exclusivamente pensaba en ir de teatros, de toros, y en particular en jugar al billar, que era su ocupacion favorita. Su buen padre empezó á notar en aquél ciertos síntomas de la desaplicacion que de él se habia apoderado; más tarde recibió una carta del director del colegio, participándole la conducta que su hijo venia observando; se cercioró de que era cierto todo lo que le habian participado, y supo por el ama de gobierno que Arturo vendia los libros por jugar al billar, que pasaba los dias enteros sin parecer por su casa sino á la hora de venir su padre, que no hacia caso de su hermanita, y que

cuando le reprendia Doña Úrsula, le contestaba que *ella no era su mamá*. En vista de todo esto, y reflexionando el buen padre que el camino que seguia su hijo terminaria de un modo indecoroso, decidió poner término á la perversa conducta del mismo. Una tarde que terminó sus ocupaciones más temprano de lo regular, le vió salir del billar de la calle de la Luna. Don Francisco, embozado en su capa, le siguió desde la otra acera, y oyó decir á Arturo al despedirse de sus camaradas:

—Que mañana no falteis para ir á la novillada de los Campos Elíseos.

—De ningun modo,—respondieron todos.

Al dia siguiente, cuando calculó D. Francisco que su hijo habria ido á almorzar, se presentó delante de él, y le dijo con tono severo:

—Hoy saldremos juntos usted y yo.

Aquel *usted* fué de malísimo agüero para Arturo, y acordándose de la cita, dijo á su padre:

—Lo peor es que si voy con usted, tendré que faltar á clase.

—No será la primera vez,—replicó el padre con un tono aún más duro que ántes.

—Es que hoy llevamos una lec-

cion muy difícil, —continuó Arturo.

—Nada tengo que ver con eso; andando.

Salieron inmediatamente padre é hijo sin hablar una sola palabra, y se dirigieron hácia Chamberí. En una de las calles de aquel barrio, D. Francisco se paró ante una negra y lóbrega tienda, alumbrada por el resplandor de una llama que, desprendiendo chispas, se elevaba en un rincon de aquella estancia.

Un muchacho, medio descalzo, tiraba acompasadamente del fuelle, y por todas partes se veían herramientas de herrero.

El padre, saludando á un hombre gordo y en mangas de camisa, le dijo:

--Buenas tardes, maestro; aquí tiene Vd. al rapaz de que hablamos el otro día.

Al oír estas palabras y al entrar los dos personajes, cesó el estrepitoso ruido que hacían varios hombres, armados cada cual de su martillo, sacudiendo las piezas de hierro que estaban forjando.

—Muy buenas, caballero, —contestó el que parecía ser el amo de aquella herrería.

—Quédese Vd. con estos señores hasta que yo vuelva, —le dijo el padre á su hijo.

—¿Yo? —repuso admirado Arturo.

—Usted, amiguito, Vd. Hasta la vuelta, maestro.

Y sin decir más partió, reprimiendo su sentimiento.

Arturo hizo intencion de seguir á su padre; pero uno de aquellos hombres se dirigió á él para detenerle, y Arturo retrocedió por temor de que le tiznase.

—Siéntate, rapaz, —le dijo el maestro, señalándole un desvencijado banquillo.

—Gracias, —contestó Arturo.

Y el chico que tiraba del fuelle añadió:

—Te vas á cansar de estar de pié hasta que venga tu padre.

Aquellas palabras le dieron á conocer la resolucion de su padre, y retirándose á un rincon del taller, prorumpió en acerbo llanto. La humareda y tufo del carbon, el estrepitoso ruido de los martillos, el lenguaje libre de aquella gente, y sobre todo la agitacion interior que Arturo experimentaba, le hicieron pensar en el medio mejor para poderse escapar de allí sin ser visto. Con aquella idea, llegada la noche, pudo conciliar el sueño en un mísero jergon; pero al amanecer del día siguiente vió frustradas todas sus esperanzas, pues ántes que él pensara en levantarse le despertó el ruido de la maldita fragua.

Viendo que no podía escaparse y que su padre no venia, se resignó

á ponerse el mandil de cuero, á tirar del fuelle y á comer los más frugales alimentos. Así pasó un día y otro, una semana, y dos y tres, cuando á principios de la cuarta, una tarde que estaba á la puerta en la hora de descanso vió pasar á un comandante de caballería, íntimo amigo de su padre. El militar, que le conoció en seguida, se acercó á él y le preguntó asombrado la causa de estar en aquel taller. Arturo, que no podía contener la emoción que le había causado, le contó todo lo que le ocurría, y le suplicó intercediera con su querido padre para salir de allí cuanto antes. El comandante, que había oído con interés la relación de Arturo, le dió palabra de ir á su casa aquella misma noche.

Era á principios de Diciembre, y su hermana se llamaba Concha. Pasaron dos ó tres días, cuando precisamente la víspera de la Concepción llegó al taller Doña Úrsula con una carta para el maestro.

¡Cuál no sería la alegría de Arturo al ver á su antigua ama de gobierno! Salió por fin de la herrería, y llegó á su casa cuando su padre se disponía para salir á sus ocupaciones. Arrojóse á sus pies y le pidió perdón por todos sus desacuerdos y malas acciones.

El padre, no queriendo hacerlo todo de una vez, le dijo con el tono severo que acostumbraba:

—Levanta y ya veremos.

Una vez que los dos hermanos quedaron solos, Concha participó á Arturo que habían venido sus tíos los de Córdoba, y que regularmente para celebrar su llegada tendrían una comida de campo, que tanto les gustaba á sus tíos.

En efecto; á los pocos días se verificó la comida en el Vivero. Asistió á ella gran número de personas, habiendo gran alegría. Como es consiguiente, no faltaba música, y por lo tanto empezó el baile, en el que tomó parte Arturo; y en aquel momento pasó por allí el maestro herrero, el cual le dijo con tono irónico:

—Vamos, rapaz, que bien te aprovechas.

Y siguió andando.

Varios de los concurrentes calificaron de insolencia la frase del herrero; pero D. Francisco enteró á todas las personas de quién era aquel hombre y con qué títulos hablaba. Arturo, al escuchar á su padre, fué acometido de un fuerte accidente, siendo preciso llevarle á su casa en un coche. Ya en ella, pudo reflexionar acerca de lo ocurrido, y él, que á pesar de tener tan malas cualidades conservaba una buena, la *vergüenza*, conoció cuáles eran sus verdaderos intereses y cuál el objeto de las correcciones de su padre. Al día siguiente tuvo la dicha de obtener de éste la prome-

sa de que no volveria á tirar del fuelle; pero que tomara providencias aún más enérgicas si volvía á las andadas. No fué preciso hacer uso de ninguna: Arturo se dedicó con afán al estudio, volvió á obtener sus premios y recompensas, y hoy día puede citarse como ejemplo de virtud, aplicacion, talento y buenos sentimientos.

¿Sabeis, queridos lectores, la causa de un cambio tan trascen-

dental cuál fué? Pues no fué otra que el no haber perdido Arturo la *vergüenza* cuando fué llevado al taller de herrería.

Sí, seguramente; el niño que posee esta noble condicion, aunque alguna vez se desvie del camino de la virtud, vuelve pronto á él, conociendo sus malos actos y lo pernicioso que es abandonar este agradable camino.

RAFAEL ABELLAN Y ANTA.



GALERÍA DE DESGRACIADOS.

XXI.

El sietemesino.

Veinte años próximamente,
De contestura raquítica,
Pálido, flaco, ojeroso
Y de mirada expresiva.

Usa bigotito rubio
Que acaba en rizadas guías,
Y á la altura del bigote
Dos simétricas patillas.
Por presuncion gasta lentes
No siendo corto de vista,
Y el cordón que los sujeta
Lleva con coquetería

Enganchado en una oreja
Y prendido en la levita.
Su peluquero es Sisi,
Su sastre el propio Megia,
Ansorena su joyero
Y Frera su perfumista.
Compra guantes en *La Perla*,
Los toma color de lila,
Y así está siempre en carácter,
Para paseo y visitas.
No tiene, según parece,
Ocupación conocida,
A no ser la ocupación
Que reclaman sus conquistas.
Gasta diferentes trajes
Según las horas del día;
Por ejemplo, en la mañana
Usa *toilette* matutina,
Que consiste en todo un traje
De tela inglesa legítima,
De un dibujo muy extraño
Con grandes cuadros ó listas,
Que es una tela muy propia
Para un colchón ó cortina.
El sombrero echado atrás
Y dos rizos á la vista;
Cuellos altos, grandes puños,
Y siempre sus guantes lila.
Como alfiler de corbata
Usa un cerdito ó cerdita,
Tan artístico, tan mono,
Y de una expresión tan viva,
Que algunos sostienen que es
Un retrato de familia.
Este traje, como he dicho,
Es la *toilette* matutina
Solamente, y de rigor
Es usar otra distinta
Desde las dos de la tarde
Hasta que el sol ya declina.
¡Pero horrible es su desgracia
Si circunstancia imprevista
Le impide mudar de traje
Y por la tarde le obliga

A presentarse ante el público
Con la *toilette* matutina!
¿Y si el sastre que le viste
Le hace un *chaquet* ó levita
Que no está tan entallado
Como el figurín indica?...
¿O tiene la manga ancha
Cuando estrecha la quería?
¿O es corto hasta la cintura,
O largo hasta la rodilla?
¿O, en fin, tiene tres botones
Y son cinco los que privan?
Estas horribles desgracias
Amargan tanto su vida,
Que es el ser más desdichado
De la coronada Villa.
Pues no le digo á usted nada
Cuando asiste á una comida,
Y en vez de ponerse el fraque
Se presenta de levita,
Y ve que de fraque hay uno
De los que comen. ¡Por vida!
Ya no come, ni sosiega,
Su desgracia es infinita,
Y avergonzado y corrido,
Piensa que todos le miran
Y se burlan de su traje
Con maliciosa sonrisa.
Es esclavo de una arruga,
Víctima de una tirilla,
Y piensa en la última moda,
Para estrenarla... la vispera.
Sin afectos cariñosos,
Constituyen su familia
Una colección de trajes
Y de dijes y de cintas,
Guardapelos y bastones,
Y corbatas y boquillas.
Compadecedle, que es digno
De miradas compasivas
Aquel que en sus mismos bienes
Forja su propia desdicha.

MARIANO BARRANCO.





LA CONFESION.

La confesion consiste en la manifestacion de los propios pecados, para ser absueltos de ellos, hecha á un sacerdote, y constituye parte esencial del Sacramento de la Penitencia. Es práctica usada por los cristianos desde los primeros tiempos, y el Concilio de Trento declaró haber sido instituida por Jesucristo. La confesion es inútil si no va acompañada de un sincero arrepentimiento y del propósito de la enmienda y si á ella no sigue una reparacion inmediata. Los ministros principales del Sacramento de la Penitencia son los obispos; por derecho propio lo son ahora los párrocos y penitenciarios de las iglesias

catedrales; todos los demas presbíteros lo son por delegacion del obispo.

El hombre, sujeto al pecado, encuentra en la confesion consuelos para su arrepentimiento, que, siendo sincero, consigue borrarlos; y el Sacramento de la Penitencia vigoriza al ser humano en su peregrinacion sobre la tierra, permitiéndole abrigar esperanzas de salvacion. Niños, frecuentad el tribunal de la penitencia con firme deseo de nunca más pecar, y los ministros del Altísimo os absolverán de vuestras culpas, intérpretes de la misericordia infinita.

X.





EL MONO COCINERO.
(CUADRO DE LA ESCUELA FLAMENCA.)

EL CURA DE ENCINILLAS.

(Conclusion.)

Los caminos estaban llenos de barro y era imposible dar dos pasos cuando la noche cerraba, porque ni los dedos de las manos se veían.

Si en Encinillas hubiera serenos, estarían cantando la una ó las dos de la mañana en el momento que un hombre, envuelto en una capa que le llegaba á los tobillos, con gruesos zapatos llenos de lodo que se prolongaba hasta la cintura, llamó á la casa en que vivía el cura, despertando á la vecindad (que era todo el pueblo, tan pequeñito sería), con los golpes de sus aldabazos.

Entrado que hubo en el portal, se quitó el sombrero, cuyas anchas alas volvió, desalojando de ellas algunos cuartillos de agua.

—Señor cura, corriendo, —dijo; — la abuela se muere y quiere confesarse.

—¿Qué abuela, hijo mio? ¿la de usted?

—¿La mia? Dios me libre; la mia está en el cielo, y esa como no vaya usted pronto, irá á contarle á los mismísimos infiernos.

—¿Pero quién es?

—¡La bruja!... señor cura, la bruja: ¿no ha notado Vd. cómo lucen los relámpagos y asorda el trueno? pues bien claro dice quién

es la que está para morirse porque sí...

—Calla, hermano, calla... que la murmuración es pecado grande del que todos debemos huir.

—¡Lo que es yo, he tenido un miedo cuando pasaba junto á su casa y oía aquellos gritos!... primero creí que se reía á carcajadas y escapé á correr; pero luego, me acerqué poco á poco y oí: «¡Dios mio! ¡que me muero! ¡confesion!»

—Pobre mujer: corre, hermano, corre á llamar al sacristan para que encienda el farol, que voy á ver si la doy el óleo santo...

—Lo que es yo, señor cura, no iría; la noche es peligrosa, y el camino está que ni para cabras. Yo me metería en la cama...

Un relámpago iluminó entonces la faz imbecil del aldeano y el tranquilo rostro del venerable sacerdote.

Los dos hicieron la señal de la cruz y murmuraron una oración en voz baja.

—Calla, hijo, calla, que no sabes lo que te dices: avisa al sacristan.

No le pareció á éste tan laudable la empresa de ir á dar á Dios á un moribundo á aquellas horas y aquella noche.

—¿Y quién es ella? «¿Es la tia Rufa, la beatona? ¡buena propina me dará!»

—No: «¡qué ha de ser la tia Rufa!» es la *bruja del monte*.

Un segundo relámpago mostró los semblantes asustados del sacristan y del campesino.

—¡Jesus!—dijeron los dos.

Y refunfuñando el sacristan se fué á la iglesia, y el arriero portador de la noticia se separó de él diciendo:

—Como Dios no tenga piedad de mí, no sé lo que me va á pasar en el camino... Las brujas andan sueltas, y si no fuera por este medallon que llevo...

Y luégo añadió:

—Adios, señor sacristan, y dense ustedes prisa si no quieren encontrarse con un cadáver...

—Allá veremos; aunque para mí, no es otra cosa todo esto de hacernos levantar y llevar á Dios por esos montes, que no sé como le volveremos, que un producto de su magia infernal, de la que estará ahora riéndose de nosotros...

—Yo creo que dice Vd. verdad en todo esto. Adios, señor sacristan.

Poco despues subia por el monte una lucecita que apenas rompía la densidad de la noche y de la lluvia.

VII.

Al volver de confesar á la anciana, que murió oyendo los santos

consejos de la religion, en medio del monte un fuerte viento apagó la luz del farol sin que los esfuerzos del viejo sacristan lograran encenderla.

Estaban empapados de agua y perdidos entre las rocas, sin encontrar la senda que les guiase al pueblecito.

El sacristan murmuraba; el cura dirigia fervientes oraciones al cielo, que se abria á intervalos mostrando la oscuridad y el terror de la noche.

Cayendo en un lado y levantándose en otro, pudieron avanzar algun tanto; pero el cura, al dar un paso, rodó por una roca, sufriendo algunas dolorosas contusiones que le impedían moverse.

Sin embargo, sólo palabras de piedad y de ternura salían de su boca.

—¡Socorro! ¡socorro! ¡que el señor cura se ha despeñado!—gritaba el viejo sacristan:—¡que la lluvia le ha calado hasta los huesos! ¡Socorro! ¡venid á protegerle! ¡Devolvedle el bien que os ha hecho! ¡Que os vais á quedar sin un cura tan bueno como este! ¡Socorro! ¡Socorro!

Entónces un hombre se adelantó, diciendo:

—¿Dónde se halla? ¿Dónde se halla el cura?....

—¡Jesus!—contestó el sacristan asustado.—¡Tambien aquí le persigue Vd!... Tambien hasta aquí vie-

nen sus malditas ideas!... Señor cura, huya Vd. si puede: ¡aquí viene el tío Colás!...

—Calla, insensato, — contestó éste, —y dime pronto dónde está el señor cura.

—El recibo es lo que Vd. quiere, sólo el recibo; pero yo lo sé, y no he de consentirlo...

Cuando el tío Colás subió á la peña que le separaba de los extrañados, emprendió á correr el sacristan como corza que conoce el camino y en él no halla obstáculos...

VIII.

—Señores,—decía el cura pasados unos días,—el tío Colás fué mi salvador. Él fué el que cargó conmigo á la costilla y me condujo á casa, donde me cuidó con esmero. A él debe la aldea el conservar á este pobre cura para el servicio de Dios y de los hombres.

Él era malo, y ahora es uno de los más honrados y trabajadores que conozco y el que más bien practica en el pueblo, y el que ha sufrido todas las injustas reeriminaciones de sus compañeros.

¿Sabeis quién ha obrado todo ese cambio?

—Nadie sino Vd., señor cura,—dijeron todos.

—Yo no me apropio lo que no es mio ni obras de nadie: la trasformadora de ese hombre todos la conoceis: es una señora muy buena, que recoge niños fríos y hambrientos en las noches de lluvia del invierno, la que va á consolar á los desgraciados que carecen de pan y de salud, la que...

—Vaya, vaya; no siga Vd., señor cura, que ya sabemos á quien se se refiere Vd.

—¿A quién? Dilo, hombre, dilo.

El cura decía estas palabras con recelo porque le habia interrumpido el más bruto del pueblo, si en Encinillas hay grados en brutalidad.

—Pues, Vd. se refiere... pero no lo quiero decir porque está delante el señor alcalde y se lo puede decir, y...

—¿A mi mujer la tia Rufa?...

—¡A la misma!

—¡Qué animal eres, hombre! Esa señora se llama LA CARIDAD.

PEDRO GROIZARD.

ANTE UNA CUMBRE.

Cumbre que con ansias locas
Pretendes llegar al cielo
Sobre montañas de roca,
Y mirada desde el suelo
Parece que al cielo tocas;

En tí las brumas flotantes,
Que son de las nubes gérmen,
Se detienen vacilantes,
Y los condores se duermen
Sobre tus picos gigantes.

No existe cual tú ninguna
 Ni con tan bella fortuna;
 Te da el alba su arrebol,
 Te baña al morir el sol,
 Te besa al nacer la luna.
 Con amante frenesí,
 Al mirarte desde aquí,
 Deja que el hombre se asombre;
 Nunca la planta del hombre
 Se ha posado sobre tí.
 Si con orgulloso intento
 Te insulta, jamás veloz
 Escala tu altivo asiento,
 Y ahoga su voz el viento
 Antes que escuches su voz.
 La tormenta no te irrita,
 Nunca hasta tu altura sube
 Cuando en tus faldas palpita
 Y el trueno á tus piés se agita
 Y el relámpago en la nube.
 En calma á tu lado están
 Los aires que no se mueven
 Al besarte con afán,

Y á tocarte no se atreven
 Las olas del huracan.
 Bajo gasas celestiales,
 Sobre su trono de brumas
 Tus alturas colosales
 Guardan el nido de plumas
 De las águilas reales;
 Tu altiva sombra, al flotar
 En el gigante vacío,
 No la pueden retratar
 Ni los cristales del río
 Ni los espejos del mar.
 Y cuando el viento inclemente
 Del arroyo trasparente
 Deja la corriente rota,
 No puede hacer que una gota
 Suba á humedecer tu frente.
 Contemplarte es mi deseo;
 De mi admiracion en pos
 Mi pobreza ante ti veo,
 Y al verte tan alta... creo
 Que eres el trono de Dios.

J. DEL CASTILLO Y SORIANO.

DESCUBRIMIENTOS GEOGRÁFICOS.

La Sociedad francesa de geografía publica anualmente una Memoria sobre el progreso de las ciencias geográficas. Este trabajo ofrece siempre verdadero interes; pero el del año 1880 excede en mucho al de los anteriores.

Nunca la actividad humana ha desplegado fuerza semejante; nunca ha dado tan copioso fruto el generoso esfuerzo de esos héroes modestos que, guiados sólo por el noble afán de abrir á la civilizacion comarcas inmensas y hallar nuevas vías al comercio, se han lanzado á acometer empresas arriesgadísimas, para las que se necesita el temple de los héroes.

El trabajo leído en la Sociedad es una revista exacta y sumaria de

todo cuanto se ha realizado ó se prepara para la exploracion de regiones desconocidas de nuestro planeta.

Las misiones enviadas por el Ministerio de Obras públicas de Francia hasta el Sahara para estudiar el terreno en que han de establecerse eventualmente las líneas férreas entre la Argelia y la Nigricia han recogido preciosas observaciones. El coronel Flatters ha reconocido una parte del Igharghar. M. de Chosy ha proseguido sus estudios más allá del oasis del Goba. El gobierno del Senegal ha enviado dos expediciones hácia el Doliba: la del capitán Gallieni se dirigió hácia Ba-Fulabé, y uno de sus individuos, el doctor Bayol, subió el curso des-

conocido del gran río á través del país de Mandinga y el de Buré, señalados hace mucho tiempo como abundantísimos en terrenos auríferos.

En la Memoria refieren el viaje de MM. Zwifel y Moustier para descubrir los orígenes del Doliba y la exploración de una parte de la Senegambia por M. Olivier Pastré, la animosa tentativa del abate Debaize hacia el lago Oudjiji, los viajes del pastor Coilliard al Transvaal entre los bassutos, los zulús y los betchuanas; la expedición de M. Blovet á Zanzíbar para instalar estaciones científicas y hospitalarias, la primera en Machongo y la segunda en Koudoa.

Los misioneros ingleses continúan recorriendo las regiones de los grandes lagos. El comité belga tiene cuatro grupos de misioneros en ejercicio en el Africa Oriental.

Un austriaco, el doctor Lentz, partió de Marruecos y llegó á Tombuctú, pasando por los países desconocidos de Baguessa y El-Holdh.

Necesitaríamos mucho espacio para seguir exponiendo, aún de la manera sumaria que lo hemos hecho, cuanto se ha emprendido du-

rante este año, feliz para la geografía. En la referida Memoria se menciona: á Stanley, que partiendo de Bama subió el Congo; Thompson, que explora el lago Nyassa, los ríos Qukuga y Somalaba; Hildebont, que penetra en el interior de Madagascar; Moreno, que desde 1875 cruza en todas direcciones la Patagonia, desafiando los mayores peligros.

El Asia Central, la Mongolia y el Turkestan han atraído viajeros rusos tan inteligentes y atrevidos como Sorslwki, Potagos, Seventzw, Porsw, Potamire y Bolckachisse. M. Blunt partió de la costa de Siria y atravesó el Norte de la Arabia, y después, subiendo al Norte hasta Bagdad, caminó á lo largo de las montañas que forman la frontera del Sudoeste de la Persia.

En América del Norte deben citarse las expediciones del M. Smith á la tierra de Francisco José, la más próxima al Polo; el crucero de M. Hooper por el estrecho de Behring y su punta hacia la tierra de Wrangelt, el viaje del teniente Schwatka á la tierra del rey Guillermo, al Sudoeste de la tierra de Baffin.

X.

A MI MADRE.

Cuando yo pequeñuelo,
Preso en tus lazos,
Me dormía al arrullo
De tus abrazos,
Y en las largas y frías
Noches de invierno
Me demostrabas, madre,
Que hay Dios y eterno;
Cuando de Abril ó Mayo

Fresca mañana
Me despierta el tañido
De la campana;
Cuando la oscura noche
Su negro velo
Tiende sobre mi mente
Su desconsuelo;
Cuando los pajarillos
Vuelan pidiendo;

Cuando el humilde monje
Se encuentra orando;
Cuando el sol refulgente

Mis ojos abre,
Me recuerdan constantes
Tu nombre, ¡madre!...
CÁRLOS OSSORIO Y GALLARDO.

ACTUALIDADES.

El domingo último, y mientras el distinguido químico y nuestro colaborador señor Torres Muñoz de Luna daba una conferencia agrícola en el Conservatorio de Artes, S. M. el Rey, queriendo dar una prueba de afecto á su antiguo profesor, se presentó en el local sin previo anuncio, y sentándose en los bancos destinados al público, escuchó la lección del ilustre catedrático, á quien felicitamos por esta honra.

Muy concurrido se ve el teatro de Lara desde que el eminente actor Manuel Catalina trabaja en el mismo, acompañado de las Sras. Valverde y Abril, y de los señores Riquelme, Arana, Liron y otros. En dicho teatro se ha estrenado últimamente una bonita comedia en dos actos, titulada *Abdicar á tiempo*, original de D. Eduardo Navarro y Gonzalvo.

Damos las gracias al Sr. D. Eusebio Aguilera, Director de nuestro colega *La Reforma*, por el ejemplar que se ha servido remitirnos de su *Ejercicio preliminar de lectura* (dos carteles y una cartilla), en los que, siguiendo un orden lógico y apropiado á las tiernas inteligencias de los niños, les facilita notablemente el dominio de la lectura. En brevisimo espacio de tiempo se han agotado dos ediciones de la cartilla, y es seguro que con los carteles sucederá otro tanto.

Se halla de venta en las librerías de Rosado, Sobrino, España Hermanos y Gonzalez Ferriz.

La zarzuela ligera ha sentado sus reales en los teatros Martín y de Madrid. Uno y

otro coliseo alternan hoy las producciones de verso con las de carácter lírico, dando así mayor variedad á sus espectáculos. En uno y otro teatro se preparan varios estrenos.

Se ha estrenado en el teatro de la Zarzuela una de gran espectáculo, titulada *El rosal de la belleza*, letra del Sr. Gastaminza, música del maestro Mangiagalli, y decoraciones preciosas de los Sres. Muriel y Valis. El éxito ha sido excelente, correspondiendo á los sacrificios hechos por el celoso empresario Sr. Ducazcal. La ejecución muy buena por parte de la Sra. Cabezas y Sres. García, Benavides y Mesejo.

Por iniciativa de D. Juan de la Puerta Vizcaino, secundada por la Reina Madre Doña Isabel, se va á colocar en París, en la calle donde murió en 1828 D. Leandro Fernandez de Moratin, una lápida conmemorativa.

Ha vuelto á abrir sus puertas al público el Liceo de Capellanes, dando gran variedad á sus espectáculos cómicos y líricos.

Todos nuestros suscritores que lo son por un año, así de Madrid como de provincias, habrán recibido ya el libro que les teníamos prometido, titulado *Mes de Mayo consagrado á la Santísima Virgen*.

Si á alguno le faltase, le agradeceremos que nos lo avise. Del 6 al 14 repartiremos dicho libro á los suscritores que lo son por semestre.

En San Pedro Abanto, pueblo de triste celebridad en la última guerra civil, un grupo de niños encontró días pasados una bomba, y jugando con ella, fueron víctimas de su imprevisión las tiernas criaturas por haber estallado el proyectil. Dos de los niños murieron en el acto y otros tantos de resultas de las heridas, no habiendo salido ileso ninguno de ellos. Los alcaldes de Ciérbana y Abanto han publicado tardíos bandos para que todo el que encuentre un proyectil dé aviso á la autoridad para que ésta lo recoja.

**

Sigue su marcha triunfal en el teatro Español el drama del Sr. Echegaray, *El Gran Galeoto*, y siguen los entusiastas del poeta disponiendo en honor del mismo manifestaciones de aprecio. Los estudiantes de la Universidad han verificado una de carácter público, trasladándose á la casa

del Sr. Echegaray; pero, espíritus sobrado ligeros, no han podido llevar con paciencia que un periódico les reprendiera, y, mal aconsejados, han querido coartar la libertad del periodista.

Muy bueno es entusiasmarse con las obras del genio... pero sin exponerse á que la autoridad enfrie el entusiasmo con sus medidas.

**

En la última junta celebrada por la Comisión central del Centenario, bajo la presidencia de los Sres. Sagasta, Patriarca de las Indias y Romero Ortíz, se dió á conocer el programa de las fiestas en honor de Calderon de la Barca. Las fiestas públicas durarán tres días; pero en varios de los que les antecedan y sigan tendrán efecto las solemnidades y reuniones de las academias y sociedades, que formarán parte importantísima de dichas fiestas.



FIN DE UN CUENTO.

El cuento que os he narrado
Y oísteis con avidez,
No es mío: lo ha publicado
Un periódico ilustrado
Que se llama LA NIÑEZ.

Tan corta retribucion
Cuesta, que es casi de balde:
Justo es que en esta ocasion
Tomen una suscripcion
El domine y el alcalde.